

LA CASA DE LA HORNACINA

Adaptación teatral sobre la leyenda popular “La casa de la Hornacina” por

Alfonso Martínez Foronda, 2018

DRAMATIS PERSONAE

NARRADOR: Alejandro

CAPITÁN HINESTROSA: Ciro

VECINA 1: Vera

VECINA 2: June

ANTONIA: (Criada de Hinestroza): Julia

COSME CORCHUELOS: Pablo

ALGUACIL 1: Juan Manuel

ALGUACIL 2: Ventura

ALGUACIL 3: Sergio

CAURUCHO 1: Darío

CAPURUCHO 2: Irina

CAPURUCHO 3: María Santiago

CAPURUCHO 4: Orlando

FANTASMA: Eva

En la Plazuela del Conde. Se pondrá una puerta sobre la puerta de la Casa de la Hornacina, a modo de cuadro, con colgaduras para dar sensación de profundidad. Los personajes entrarán por esta puerta.

NARRADOR.- En esta casa que veis aquí, llamada la Casa de la Hornacina, hasta hace pocos años, hubo establecida una fábrica de sombreros para sacerdotes, cuando la principal industria de Granada era la de sombrerería. De hecho, el gremio de los sombrereros fue el más importante de la ciudad.

Cuenta la leyenda que, después de la conquista de Granada por los Reyes Católicos, en esta aislada y abandonada Plazuela del Conde se encontraba un antiguo y aristocrático palacete árabe. Al empezar a despoblarse el Albayzín, cuando fueron expulsados los árabes pocos años más tarde, esta casa fue comprada para retiro del viejo capitán D. Álvaro de Lope e Hínestrosa. Este buen señor...

HINESTROSA.- (Sale un señor viejo, que atraviesa la plaza tosiendo)

CRIADA.- (Con una cesta de comida) ¡Buenos días señor! ¿Ya va a misa de domingo?

HINESTROSA.- ¡Buenos días nos dé Dios, Antonia! (Tose) Sí, a la de ocho. No quiero que me vea nadie. ¿Ya me has comprado las viandas? (Sigue tosiendo)

CRIADA.- ¡Sí, señor Hínestrosa! Ahora le preparo la comida y arreglo la casa. ¡No me gusta esa tos, señor! Tiene que cuidarse. Le haré un caldito para cuando venga.

HINESTROSA.- Gracias Antonia. Y cierra bien la puerta que hay muchos ladrones sueltos. (Y desaparece de la plaza, tosiendo)

CRIADA.- Claro, señor. Vaya con Dios.

VECINA 1. (Que sale, con cierta ironía) Antonia, ¡qué madrugadora que eres! A tu señor Hinestrosa le quedan cuatro *pelaos*. Esa tos es la puerta de la muerte. Claro, que a lo mejor estás deseando que se lo lleve Dios a su seno y así heredas algo...

CRIADA.- ¡Qué lengua tienes!, vecina. Ya sabes que la curiosidad mató al gato. Y a ver si te lavas la lengua con jabón y bayeta porque, como te muerdas, te envenenas seguro.

VECINA 1.- A míse *me* dalo mismo. Como si se quiere tirar por un barranco. Mira la *criaducha*, como si ella fuera a heredar la casa. ¡Habrase visto a esta *esaboría*! ¿Quién te has creído que eres? ¡Anda y le calientas la cama!

CRIADA.- (Va hacia ella) A ti te voy a calentar la espalda, arrabalera, descarada, verdulera...

VECINA 2.- (Que ha salido a la calle) ¿Qué son esas voces tan de mañana? ¿Es que ya no se respeta el sueño de los vecinos? Anda, Antonia, a lo tuyo y deja de gritar. Parece esto un lavadero...

CRIADA.- Otra que tal baila. Lo que pasa es que sois unas envidiosas y unas mal *encarás*. Me voy, cotillas, que estáis más aburrías que un mono. Yo, por lo menos, como caliente y no como vosotras, ¡muertas de hambre!

VECINA 2. (Con retintín) ¡Claro, caliente! (Con ironía) ¡Adiós, marquesa dela pata arrastra! Y dale mis saludos a tu señor Hinestrosa, que es más raro que un perro verde.

(Cada una por su lado, maldiciendo por lo bajini)

NARRADOR.- El caso es que no pasó mucho tiempo para que el viejo y achacoso capitán Hinestrosalas palmara. Vaya, que esa tos era, efectivamente, la puerta del cementerio. El caso es que como no tenía familia ni nadie que le heredara, la casa quedó en manos de la justicia y quedó cerrada durante un tiempo. Llegó el momento en que su puso en pública subasta, como era lógico.

(Elige de entre el público a otro alumno/a que no sepa lo que es “la subasta” y le pregunta:

¿Tú sabes lo que era una “subasta”?

(Si le dice que sí, que lo explique y si le dice que no, lo explica el narrador).

Pues que la justicia, la administración, ponía un precio bajo y el que lo ofreciera se quedaba con ella. Pero, aun así, nadie se quedaba con ella...

VECINA 1. (Que sale de entre el público y al narrador) ¡Cómo la iban a comprar, majadero! ¿No sabes que ahí habita el fantasma de Hinestrosa? ¡Sí, un fantasma, un espíritu! Yo he escuchado ruidos todas las noches, de cadenas que se arrastran, de gritos de dolor, de lúgubres lamentos, que parece que lo están matando. Y así, hasta que el sol sale por el Generalife.

VECINA 2. Y que lo digas... Yo vi salir un fantasma que se colaba por las paredes y mi vecina María ha visto abrir y cerrarse la puerta sin que nadie saliera ni entrara por ella. Esa casa está maldita. Yo no me metería ahí por ningún dinero del mundo. ¡Vámonos vecina, que esto es obra del diablo!

NARRADOR.- Ya lo ven. El caso es que el pueblo, que no hace más que murmurar, tan propenso a la superstición, hizo de aquello una bola de nieve que fue creciendo cada vez más y más, y no hubo forma de que nadie se quedase con la casa. Ni siquiera cuando la Real Chancillería la ofreció gratis. Pero ya lo dice el refrán, que “el sabio teme, pero el necio se atreve” y que “A quien no teme, a nada le teme”. Y ese hombre extraordinario, fue un alguacil, Cosme Corchuelos, que nada más enterarse de que ofrecían gratis la casa a quien se quedara en ella, no lo dudó un instante. Ya lo dice otro refrán: “Quien dineros no tiene, solo a Dios teme”.

COSME.- (Sale con otro alguacil). Ya se lo he dicho a los oidores de la Real Chancillería. ¡Yo no le temo a nadie, más que a Dios!

ALGUACIL 1.- Claro que sí, Cosme. Tú eres como Juan Sin Miedo. Todas las habladurías son chismes de los vecinos que no paran de inventar. Esos no tienen más oficio que inventar.

COSME.- Esta misma noche me quedaré en la casa. Avisa a otros alguaciles para que rondan por la calle en caso de que yo los necesitare. Y ahora, ve por ellos, que entro en la casa. Y estad atentos a alguna llamada mía.

ALGUACIL 1.- No te preocupes, que estaremos vigilando. (Sale en busca de otros alguaciles)

(Cosme entra en la casa).

(Se incorporan otros dos alguaciles, que hacen la ronda)

ALGUACIL 2. Ya han pasado muchas horas y todo está en calma. Seguro que todo era un camelo. Dame un poco de aguardiente, que hace fresco. Vamos a descansar un poco.

(Se sientan)

ALGUACIL 3. No sé. A mi da *lache* tanto silencio.

ALGUACIL 1. No seas agorero. Está amaneciendo. Yo creo que es hora de entrar y ver cómo está Cosme. Seguro que ha dormido como un lirón.

(Ríen los tres). (Entran en la casa, se oyen ruidos y, al poco, salen dando gritos y arrastrando a Cosme)

ALGUACIL 1. ¡Dejadle respirar! (Le da aire en la cara) ¿Qué ha pasado, Cosme?

COSME.- (Jadeando) Yo jamás he creído en trastos ni fantasmas, porque pensé que eran hijos de la fantasía, pero lo que me ha pasado...

ALGUACIL 2. ¿Qué? ¿Qué?

COSME.- Pero os juro que en esta ocasión creo en las almas en pena y en los aparecidos...

ALGUACIL 3. A otro perro con ese hueso. Tú quieres asustarnos...

COSME.- Cuando penetré en la casa recorrí sus habitaciones y cerré cuidadosamente los pestillos de sus puertas; me introduje en la alcoba, esa que da a esta placeta, y lo entreabrí para poder avisaros con prontitud; me tendí en la cama y esperé ... El sueño se apoderó de mí. Me

dormí y al rato desperté sobresaltado al oír un golpe seco en el corredor y unos pasos que se acercaban y luego se perdieron por la escalera ... Un sudor frío inundó mi rostro, y, antes de dar tiempo a reponerme y llamar, volví a sentir los pasos subir por la escalera, haciéndola temblar, pasar el corredor y penetrar en la sala ... No había duda de que era un ser invisible, puesto que no necesitó abrir para entrar; pero mi terror llegó al colmo cuando oí los pasos penetrar en la alcoba, y, al débil rayo de luna que entraba por la rendija del balcón, deslumbró mis ojos una figura blanca y transparente ... Quise gritar y preguntarle quién era y qué quería; mas mi lengua enmudeció y creo que perdí el conocimiento, pues no recuerdo más hasta que llegasteis por mi... Hay que darle cuenta al Santo Oficio y que ellos averigüen lo que pasa.

NARRADOR.- (Se oyen campanas) Oído el testimonio de Corchuelos, el Santo Oficio puso mano a la obra y una comitiva partió desde la Chancillería, subió al Albayzín y, desde Plaza Larga, subió por la calle del Agua a la placeta de los Muñoces, torciendo hacia las Tres Estrellas, se internó en el angosto callejón del Blanqueo Viejo y desembocó en la Plazuela del Conde...

(Salen cuatro capuruchos, con velas encendidas. Se oyen campanas. Se acercan a la casa y van a abrir)

CAPURUCHO 1.- Tú primero...

CAPURUCHO 2.- No. Tú que eres mayor

CAPURUCHO 3.- Sois unos cagones los dos. Dejadme a mí.

(Entran los cuatro. Se oyen ruidos y carreras, gritos y cadenas... Al poco, salen corriendo por la calle, uno detrás de otro, dando vueltas y una figura, como de un fantasma, huyendo de ellos y ellos de él.

CAPURUCHO 1.- ¡Favor, en nombre del Rey!

CAPURUCHO 2.- ¡A mí la justicia!

CAPURUCHO 3.- ¡Socorro, auxilio...!

(De repente, el fantasma, se pisa la sábana y queda al descubierto)

CAPURUCHO 1. ¿Y tú quién eres?

FANTASMA.- ¿Yo? Un fantasma, ¿no lo ves?

CAPURUCHO 2. Yo a ti te conozco... Tu cara me suena. (Pensando) ¿Tú no eres el pillo de Mascafierro?

FANTASMA.- No, que soy un fantasma... Uhhhh....

CAPURUCHO 3.- (Le da un cachete) Déjate de uhhh y de ahh.... Que te voy a partir la cara. Claro... Si es el chorizo que se nos escapó hace unos días cuando robaba en el mercado...

FANTASMA.- (Cabreado) ¡Yo soy un fantasma!

CAPURUCHO 1. ¡Sí! Tú lo que tienes es más peligro que un mono con dos pistolas. Así que ya estás tirando *palante* que vas derecho al calabozo.

CAPURUCHO 2.- Porque como no nos digas la verdad, aquí mismo te rematamos.

FANTASMA.- Y si os digo la verdad, ¿me dejaréis libre?

(Los tres capuruchos forman un círculo para consensuar)

CAPURUCHO 2. Vale, pero si mientes te vamos a dar más palos que a una estera.

FANTASMA.- (Resoplando) Está bien, pero cuando os lo diga no os lo vais a creer.

CAPURUCHO 1.- Ya te estás poniendo la venda antes del golpe.

FANTASMA.- El caso es que en la casa que veis aquí (señala la que hay al lado) vie una cierta linajuda dama... Vaya que está de rechupete...

CAPURUCHO 2.- Sin detalles... ¿Y...?

FANTASMA.- Pues que su casa comunica a través de una puerta secreta con esta otra y por la noche la visita nada menos que el Sr. Magistrado de la Chancillería...

CAPURUCHO 1. Ya estás desvariando. ¿Un magistrado de la Chancillería? Tú no estás en tu sano juicio. Mientes más que ves. Como sigas por ese camino, tienes menos futuro que un pretérito imperfecto.

FANSTAMA.- Es la verdad. Y ese magistrado, de cuyo nombre no quiero acordarme, pero si tengo que decirlo a los cuatro vientos, lo diré... me contrató para que ahuyentara a quien viniera a esta casa para que él tuviera vía libre con la dama...

CAPURUCHO 1. (Con ironía) Claro y ahora nos dirás su nombre... ¿no?

FANTASMA.- Sí... Oído todos. Su nombre es...

CAPURUCHOS (Al alimón, hunden sus espadas en él y se lo llevan arrastras)

CAPURUCHO 2. Muerto el perro, se acabó la rabia...

NARRADOR.- Ya saben: a perro flaco, todo son pulgas. Porque ¿quién iba a creer a un ladronzuelo? Y cuenta la leyenda que, el Santo Tribunal echó tierra al asunto del magistrado y, para dar satisfacción al pueblo, quemó el cadáver de Mascafierro para que no hubiera testigos incómodos. En fin, que ya saben:

CUANDO LA FUERZA MANDA, LA LEY CALLA.

FIN